

## *Conocimiento del bulto*

Me permitían reír mientras pensaba, mientras las viera a los ojos. Había llegado tarde. No, esta vez había llegado temprano. Entre las, primeras. Solo eran ellas. Yo desenvolvía los libros y los papeles, cuadernos, todo lo que traía sobre una mesa. En un principio no vislumbré que no cabía, que se tiraba al piso: puse todo sobre la mesa, y me amontoné con todo ello.

Fue entonces cuando su espalda entro en mí, había entrado al cuarto, al salón de clases, con tres piernas. Yo ya me había caído de la mesa. Ya había caído parada como gato. A mí ya me habían visto sudar. Pobrecita, hasta sudaba el bendito tesoro de la juventud. Me veía la piel a través de la cámara, donde también quería tenerlas, a ellas que estaban lejos alrededor de otra mesa.

Se acercó a mí como lo hubiera echo la montaña si como ella no supiera qué hacer, porque, ni tanto sol ni tanta oscuridad. Moví la mesa con ella, recuerdo que era más fuerte que yo, como una tortuga.

No había pensado en ellas, sino hasta varios días después, ahora: es una tortuga y yo me he dormido en su loma.

Basta con recordar el brillo de sus dientes para imaginar el de sus ojos que no vi. Ellos me vieron recostados en su propia oscuridad y, por su boca, me sonrieron. Yo ya había caído parada. Yo rebotaba. Me senté en el punto de una U de ellas que me miraba. Me había caído por querer abrir la ventana.

La ventana era grande: abrirla me daría fuerza: la ventana era fuerte: quería introducirme entre sus brazos. No hubo silencio pero ellas me tomaron al principio como parte de la ventana. Quizás me vieron desde el principio con el pedazo de vidrio roto. No se había quebrado la ventana, mi caída había sido la de un gato, solo se dieron cuenta las que se acercaban a olerme. Quiero decir que ellas me vieron como la ventana que no abrían para no pararse sobre la mesa y la que, en realidad, no pude abrir para ellas.

Me subí sobre la mesa, mientras la miré a los ojos, le hablé de mi sudor y toqué mi piel, ella era una fruta que rodaba, que se divertía cayendo en la hierba camino abajo en la montaña. Caer en unas manos. Caer parado. Fue veloz, pero mientras me subía sobre la mesa ellas eran pasan en un delicioso traste de cereal con banano, papaya, almendras, semillas de marañón, helado de chocolate y galletas salidas del horno. Cada una a su tiempo, comíamos juntas las galletas en la misma selva.

Estoy segura de haber soñado con ellas desnudas. Pasas en el cereal, y yo un arándano congelado. Que fue derritiéndose hasta aplastarse, con una cuchara. Todas se abrieron a mí como libros, los libros de los que llegaba a hablarles. Ellas se abrían como libros y eran al mismo tiempo manos para mis páginas. Jugamos con las manos como libros. Sobre sus manos sostienen un libro, mientras sostenían las manos de alguien con los ojos cerrado, lo abren. Había, ahora que lo pienso, llovido sobre ellas la propia sustancia del cuerpo. Las había hecho moverse alrededor, estaba sola y ellas conmigo.

Alguien había abierto la ventana, no solamente alguien sino una sirena.

Permaneció en silencio y me capturó en la glotonería.

Había abierto la ventana sin esfuerzos porque sabía lo que hacía. Sin embargo no se había apoyado contra el borde de la ventana ni había estirado su cuello con los ojos cerrados no se había dejado acariciar por el viento donde no volaron sus colochos. Tenía pelo largo pero no se veía y con el cuello descubierto se unía a las ondas de brillo de su traje. Había abierto la ventana y aún así sudé, sin poder inhalé, a cada una.